



¿Quién será este hombre?

La mujer que fue sorprendida dos veces (Juan 8,1-11)

por Julián Mellado

La historia es conocida. Los expertos de la religión oficial llevan ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio. Claro está que la primera pregunta que nos viene a la mente es: *¿Y dónde está el hombre?* ¡No adulteró sola! Pero la historia se desarrolla en una sociedad profundamente machista donde la mujer no tenía los mismos derechos que los hombres. Recuerdo haber leído un relato donde el autor situaba al hombre entre los que la estaban juzgando con una piedra en la mano. Pero bueno, es sólo algo imaginado, digo yo.

Es significativo que en diferentes biblias a este relato le dan el título de «*La mujer adúltera*». En cambio, en toda esta historia Jesús nunca la llama de esa manera.

Simplemente se dirige a ella como *mujer*. Me pregunto si hemos entendido de verdad lo que el Maestro dijo e hizo en este episodio.

La mujer es acusada, y los expertos en los pecados ajenos (¿los habrá hoy también?) indican a Jesús cuál es la solución bíblica para estos asuntos:

—*En la Ley de Moisés se manda que tales mujeres deben morir apedreadas*— (v.5). La pregunta tiene trampa. Le hacen la pregunta indicando cuál debe ser la respuesta. En el fondo lo que tratan es de «pillar» a Jesús en alguna herejía. ¿Tú qué dices? (v.5). En realidad la mujer no les importa nada. Sólo es el medio para poder atrapar al Maestro. Y la mujer permanece en silencio. Porque

es lo único que le permitían hacer. La habían sorprendido en adulterio. ¿Qué podía decir? Además, ¿a quién le importaba lo que dijera? La escena está dominada por los acusadores, que se muestran omnipotentes. Tienen a la culpable, tienen la acusación, tienen la legislación de su parte y tienen... piedras.

Lo que no tienen es a Jesús de Nazaret, el hombre libre y liberador. Y éste se pone a escribir en el suelo. ¿Qué escribiría? La mente sugiere muchas cosas. Pero seamos serios y atengámonos al relato. Y entonces Jesús empleando la misma lógica que ellos, les responde:

—*Aquellos que no tengan pecado pueden tirarle la primera piedra*— (v.7). Esto no estaba previsto por los custodios de la moral, por los defensores de Dios. El Nazareno les remite a sus propias conciencias. ¿Queréis ser jueces y verdugos? Vale. En ese caso deberéis ser inocentes. Si no, el juicio no es válido. Pero mirar la

propia consciencia es muy arriesgado. En el fondo todos somos expertos en el pecado ajeno. Nos pasa lo mismo con los hijos. Todos sabemos cómo educar los hijos... de los demás.

El fanatismo es detenido por una pregunta sensata. Los más viejos descubren que con Jesús se juega con otra baraja. ¿Quién se atreverá a lanzar esa piedra?

Y si alguien la lanza... A lo mejor lo que ha escrito en el suelo...

Abandonan la empresa. Se van. Se ha roto la casuística donde todo encaja y permite el juicio fácil. Jesús ha desarmado con la palabra el fanatismo, la crueldad, la hipocresía, el odio escondido en formas de piedad... Las piedras caen de las manos.

Y se queda a solas con la mujer. Ella sigue en silencio. Me imagino que asombrada. **¿Quién será este hombre?** Resignada a recibir piedras, de pronto recibe otra cosa. **La Gracia.** Y por segunda vez es sorprendida.



Jesús y la adúltera. Cuadro de Lucas Cranach el mayor (1472-1532)

También en este número:

La segunda torpeza	4
El pecado de la avaricia	5
Noticias nuestras y del mundo	6-7
Diccionario: bendición	8

Esta vez, sorprendida de una manera distinta. Sorprendida por la compasión.

—¿Dónde están? —pregunta el Galileo. ¿Ninguno de ellos se ha atrevido a condenarte? (v.10). Entonces la mujer habla por primera vez para constatar que le han salvado la vida.

—Ninguno, Señor —(v.11). Los expertos en piedras se han ido, las manos vacías, los corazones avergonzados. Ya no vale la culpabilidad, la Ley, las condenas. Algo nuevo se ha hecho presente. Jesús no se limita a salvarle la vida, sino que le devuelve su dignidad:

—Tampoco yo te condeno — (v.11). ¡Qué palabras!

¿Qué pasaría por la mente de esta mujer? ¿Qué es lo que pasa por la nuestra?

Pero Jesús va más allá:

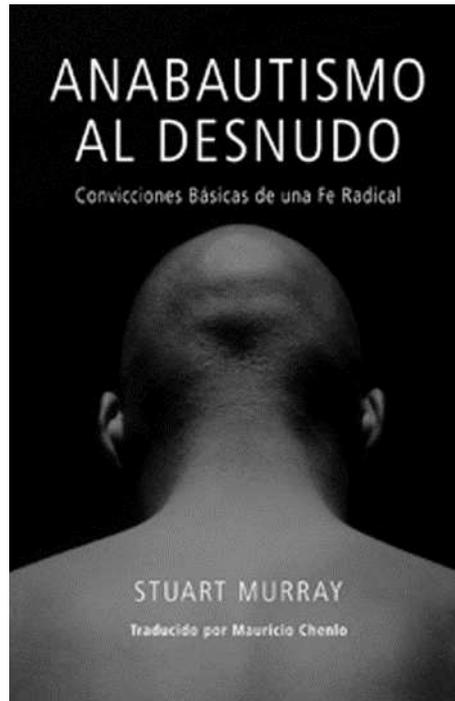
—Puedes irte y no vuelvas a pecar —(v. 11). *Sigue tu camino, levántate, recupera tu dignidad, rectifica lo que sea necesario, y no vuelvas a destruirte. Recupera tu vida, confía en ti misma, ponte en pie...*

Jesús no encaja en ningún molde. Siempre sorprende. Donde los expertos en el pecado ajeno veían una adúltera, él veía una mujer que se había equivocado. Donde los conocedores de la Ley veían a alguien para apedrear, él veía a alguien a quien devolverle la vida. Si ellos sabían cómo condenar, Jesús era experto en liberar. ¿Y nosotros? ¿Tenemos todavía piedras en las manos? También sabemos qué hay que hacer con los que consideramos indignos?

O acaso hemos aprendido del Maestro. No estamos para juzgar, odiar, ajustar cuentas, ni siquiera en nombre de Dios. Hemos sido llamados a liberar, a levantar a los caídos de la misma manera que nos hemos levantado nosotros, porque también hemos oído en lo más profundo de nosotros esa voz: *Yo tampoco te condeno.*

Quizás deberíamos cambiar el título del relato. En vez de «La **mujer adúltera**», deberíamos llamarlo: «La mujer que fue sorprendida dos veces».

Anabautismo al desnudo: Convicciones básicas de una fe radical



Ese es el título de un libro que tuvo un gran impacto entre los lectores en Norteamérica cuando se publicó en 2010. Ahora, dos años después y tras un notable éxito de ventas, el libro ha sido lanzado también en español por la misma editorial, Herald Press.

El autor es Stuart Murray, un adiestrador y consultor con la Red Anabaptista británica, con base en Bristol, Inglaterra. El traductor es Mauricio Chenlo, de Raleigh (USA). Chenlo tiene un ministerio denominacional en la Iglesia Menonita USA.

—La idea de traducir el libro surgió ni bien terminé de leerlo. Me di cuenta que no teníamos muchas obras en español de este calibre desde la época en que se tradujo *Jesús y la realidad política*, de John Howard Yoder, y los distintos libros que escribió Juan Driver. Lo creativo de Murray es contextualizar algunas de las convicciones anabaptistas centrales, al contexto posmoderno europeo.

—En el futuro —dijo Chenlo—, necesitamos autores en español que contextualicen el anabaptismo a las realidades de los hispanos y latino-americanos contemporáneos.

Cuando Chenlo propuso una traducción al español de *Anabautismo al Desnudo*, se le dijo:

—Genial, pero no tenemos fondos para la traducción.

Chenlo realizó la traducción él mismo, con una combinación de fondos de estipendio y trabajo voluntario.

Este libro plantea la pregunta de como se vería el anabaptismo si le sacáramos el ropaje de la tradición acumulada durante años. Murray se encarga de quitar el ropaje de la tradición, para llegar a las convicciones centrales del anabaptismo y descubrir lo que significan para su contexto y el nuestro.

El libro se puede obtener por 14 dólares USA (más o menos 10 €) más portes, en internet: store.mpn.net (pulsar en *Spanish Resources*). Tal vez sea posible adquirirlo también en librerías, especialmente librerías evangélicas, aunque sea por encargo.

La segunda torpeza

por Rubén Redondo

No deja de ser curioso la cantidad de detalles que la Biblia se empeña en relatar sobre el asesinato de Abel por su hermano Caín. Aparentemente podríamos decir que fue un crimen pasional, posiblemente con eximente de mala cosecha ese año... Pero no fue así.

También llama la atención el gran paralelismo de la historia con el problema que tuvo José con sus hermanos, que estaban dispuestos a liquidarle por «listillo» y atentar contra el «statu quo».

¿Qué motivación puede existir para querer despachar a tu hermano y pretender seguir como si no ha pasado nada?

Al parecer, Caín toma la iniciativa de ofender a Dios. No parece que se les hubiera pedido nada, pero tampoco se reprocha el ofrecimiento. Según parece, en la ofrenda está el origen de las tensiones acumuladas que terminaron en el crimen.

Dios mira con agrado no sólo la ofrenda de Abel sino a Abel mismo. El método de Abel eligiendo lo mejor que tenía y ofreciéndolo tuvo un fruto extraordinario. Dios no solo aceptó la ofrenda. Aceptó a Abel mismo.

Vamos, que se creó un buen rollo entre Dios y Abel.

Caín fue consciente que la relación de su hermano con Dios había mejorado enormemente. Sin embargo, en lugar de preguntarse donde estaba el misterio, simplemente decidió cogerse un buen «mosqueo». Es curioso que siendo Caín el primero que empieza a ofender, le sale el tiro por la culata.

¿Cual es la pregunta que Caín no se hizo?

Como Caín no avanzaba en esto que actualmente se llama «terapia introspectiva» Dios le sale al paso y le da la solución: *Serás aceptado si haces lo correcto*. También le da una advertencia: Las cosas con Dios o se arreglan o terminan yendo terriblemente mal.

No resulta fácil en el siglo que vivimos, entender el asunto del sacrificio —y menos de animales. Hoy día se entiende por sacrificio tirar la bolsa de la basura cuando ya te habías puesto las zapatillas de casa. Además el contacto que tenemos con los animales es en forma de hamburguesa o perrito mascota.

Pero lo agradable para Dios fue ver como Abel cogió el *mejor* animal y se desprendió de él. La esencia de lo reclamado por Dios a esos dos hermanos, se la aplicó Dios a sí mismo cuando sacrificó a Jesús en la cruz: lo *mejor* que tenía.

La relación de Caín con Dios no mejoraba, sencillamente porque no estaba dispuesto a realizar una ofrenda a la altura que Dios reclamaba. No es que la situación ya no tuviera solución, más bien al contrario. Por eso Dios se lo deja bien clarito. Ahora bien, Dios no iba a bajar el listón a Caín... ni a nadie.

No querer entender a Dios en su proceso de reconciliación con todos nosotros, fue la gran torpeza de Caín, la segunda torpeza descrita en la Biblia.

La tercera fue el asesinato fratricida.



El primer duelo.

Cuadro de Bouguereau (1888)

Nueve pecados capitales de ayer, de hoy y de mañana (III)

por José Luis Suárez

1º - El pecado de la avaricia

Un deseo desordenado

La avaricia, como la lujuria y la gula, es un pecado de exceso y transgresión que representa la parte oscura de las pasiones del ser humano. Se considera un deseo desordenado. La pasión del avaro es poseer. Es un hambre de dominio, de seguridad. Es la impaciencia por tener más. Al tiempo la avaricia es un pecado contra el prójimo, al querer acumular lo que otro necesitaría.

Tomás de Aquino escribió que la avaricia es un pecado contra Dios, al igual que todos los pecados mortales, en el que el hombre deja las cosas eternas por las cosas temporales.

En el *Purgatorio* de Dante, los penitentes eran obligados a arrodillarse en una piedra y recitar los ejemplos de avaricia y sus virtudes opuestas.

La avaricia —vista por la Iglesia— se aplica casi siempre a la adquisición de riquezas en particular. Pero aunque es verdad que la avaricia es paralela a la historia del dinero, no sólo se refiere a los bienes materiales. No se puede limitar al dinero, ya que «avaricia» es un término que describe muchos otros ejemplos de pecados. Estos incluyen la deslealtad y la traición deliberada, especialmente para el beneficio personal. Tal es el caso de dejarse sobornar, la búsqueda y acumulación de objetos, los engaños o la manipulación de la autoridad. Todas estas acciones pueden ser inspiradas por la avaricia.

La avaricia se manifiesta de formas muy diversas: En el campo del saber, al no compartir los conocimientos. En el ámbito afectivo, al no compartir los sentimientos y mantenerse distante. En el ámbito social, en el miedo a implicarse en cosas superficiales. Y en el ámbito material, el apego excesivo a las cosas queridas. La avaricia es la pasión de acumular dinero, objetos, conocimientos, datos, información y predilección por ampliar el patrimonio intelectual.

La huida del compromiso es más que palpable en la avaricia. La persona avara se siente incómoda a la hora de asumir compromisos, porque piensa que se le pedirá aquello que tiene, y que por consiguiente empobrecerá.

La avaricia es la tendencia a confiar en sí mismo; pero peor aún es la dificultad para reconocer esta realidad, ya que el avaro difícilmente reconocerá que éste es su pecado.

La avaricia manifiesta falta de confianza

La avaricia tiene como punto de partida el miedo y la falta de confianza. Es el miedo a que falte lo necesario, por lo que la única forma de pensar en el futuro es almacenar, guardar para un mañana incierto. El avaro siente carencia, por lo que retiene lo que posee.

Es el aspecto carencial lo que lleva al avaro a coleccionar, acumular y ahorrar recursos, basándose en su sensación interna de vacío deficiente ya que considera que no tendrá suficiente. Entonces retiene todo para sí. No está dispuesto a privarse de lo que tiene o lo que sabe, por miedo a empobrecerse. Este acumular hace que muchas veces el avaro viva en la miseria por no gastar. Es más que un vicio: es el síndrome de Diógenes, que es un trastorno de comportamiento que puede ir acompañado del abandono personal y social, por la obsesión de acumular objetos de todo tipo. El avaro no gasta. Acumula e incluso puede vivir miserablemente para conservar lo que tiene.



Sí, mire, quería una de esas hipotecas del futuro de mis nietos.

El deseo de acumular no es otra cosa que el miedo a la necesidad del mañana. Es falta de confianza en el futuro. Es un anhelo insatisfecho. Es una defensa ante la posible privación y un reservarse para un posible futuro mejor. Como piensa que tiene poco, trata de acumular más. El avaro no gasta. No invierte. Sólo retiene y éste es su pecado.

La avaricia es una renuncia a la relación con los demás

La avaricia es la renuncia al amor y a las personas. Es el miedo a quedarse sin nada y tener que depender demasiado de los demás. Es entonces un miedo a ser invadido por los demás. El avaro puede convertirse en una persona aislada socialmente, al vivir intentado proteger su privacidad. Es por ello que evita los contactos en la medida que puede. Se amuralla para no ser invadido y esta amenaza puede ser su tumba; por lo que se convierte en un castillo impenetrable. La persona avara puede ser muy independiente, tomando distancia de los demás y convirtiéndose en el rico o sabio solitario.

El avaro tiende a ser muy autónomo o independiente. No necesita a nadie para vivir. Se basta a sí mismo. Sólo confía en sí mismo.

La soledad es el precio que se suele pagar por la avaricia.

Parábola sobre la avaricia. Lucas 12: 13-21

Jesús al contar esta parábola y los comentarios que hace a continuación, no da un consejo financiero. Lo que hace es explicar cómo funciona la vida siguiendo los principios del Reino de Dios.

El hombre de esta parábola parece haber llegado a la conclusión de que el mundo no le dará el amor que anhela y decide arreglárselas por su cuenta. Se distancia con el mundo y hasta cierto punto lo borra de su vida, lo olvida. Es un movimiento de alejamiento de los demás, de retirada. Es el aislamiento y la soledad porque tiene miedo a quedarse sin nada y vacío. La avaricia en el caso de este hombre no es sólo conseguir los bienes materiales, sino conservarlos y acumularlos. Su pecado es acumular y no compartir con los demás. Su vida es una falta de esperanza y de generosidad; por lo que busca acumular para su seguridad en el mañana, anticipando el futuro y acumulando para no ser decepcionado.

Esta parábola nos habla de lo opuesto a la generosidad y a la confianza. El hombre de esta parábola con su manera de entender la vida («mis cosechas, mis graneros, todo mi grano, todos mis bienes, mi alma»), tiene tres componentes: El primero, es que considera que todo lo que tiene se debe a su propio esfuerzo. El segundo es que no encontramos ningún ser humano cerca de él ya que en la parábola no se menciona ninguna otra persona. Esto es la consecuencia lógica de su forma de vivir egoísta y la soledad absoluta en la que vive. El tercer componente de esta historia, es que no había previsto que tenía todo menos el control de su propia vida.

Este hombre no es capaz de disfrutar de lo que tiene ni de compartirlo. Se olvida de lo más esencial en la vida que es vivir disfrutando y compartiendo lo que se tiene con los demás, confiando en la providencia divina para el futuro.

El rasgo más llamativo de este hombre no es sólo la simple acumulación sino su carácter insolidario. Su vida es un fracaso relacional al negar al otro aquello que tiene de más, que le sobra y que no necesita.

La respuesta de Jesús a la avaricia es la confianza.
Luc. 12: 22-34

Jesús propone a sus seguidores que el Padre Dios conoce todas sus necesidades, por lo que nuestra actitud no debe ser otra que la confianza, incluso cuando los acontecimientos del momento nos defrauden o sean dolorosos. La confianza básica en el Padre es lo que nos permite saber que nuestras necesidades serán satisfechas, incluso muchas veces independientemente de nuestros actos. Cuando

funcionamos a partir de esta confianza básica en el Padre Dios, vivimos y actuamos sabiendo que tenemos los recursos internos para afrontar todo aquello que la vida nos presente y que en última instancia no somos dejados a nuestra suerte, porque la escasez no es la piedra angular de la vida.

La generosidad de Dios siempre está presente en la vida del ser humano pero no cabe en una persona que sólo está llena de sí misma.

La confianza se manifiesta en el modo en que vivimos, cómo nos comportamos y cómo nos relacionamos con nuestra vida y con el universo en general.

Para poder ir más lejos

«La verdadera generosidad para con el futuro consiste en entregarlo todo al presente» (Albert Camus).

«Lo que posees, te posee» (Nietzsche).

Fábula de Esopo: El avaro y el oro

Un avaro convirtió en dinero toda su hacienda y lo invirtió en un lingote de oro. Lo escondió en una pared y se pasaba la vida yendo continuamente a vigilarlo.

Uno de los obreros del lugar observó sus idas y venidas y sospechó la verdad, salió y le quitó el tesoro. El avaro cuando encontró vacío el escondrijo, lloraba y se mesaba los cabellos. Alguien que le vio dolerse tanto y que sabía la razón de su desesperación le dijo:

—No te aflijas compañero, coge una piedra, ponla en el mismo sitio que el tesoro y piensa que allí tienes el tesoro, porque cuando lo tenías no te serviste de él.

Testimonio de un avaro anónimo

He temido siempre quedarme sin nada: temeroso de la precariedad de mis recursos, me ha costado invertir en mis capacidades, he desconfiado de mí y de los demás. Eso me ha dejado en el filo del vivir, una vida por vivir.



Tal vez sea cierto que no me lo puedo llevar al otro mundo. Pero me puedo llevar las claves de acceso.

Simposio sobre la emigración de cristianos del Oriente Medio

por Equipo MCC

Akron, Pennsylvania, 9 mayo 2012

— En un simposio interconfesional celebrado en marzo sobre la realidad y el futuro de los cristianos árabes en el Oriente Medio, su alteza real el príncipe El Hassan bin Talal de Jordania, enfatizó la importancia de cooperación entre musulmanes y cristianos.

El simposio de dos días en Amán, Jordania, fue organizado por el Real Instituto para Estudios Interconfesionales, cooperando con el Comité Central Menonita (MCC) y la Arquidiócesis ortodoxa de Aleppo.

El príncipe escuchó y participó mientras importantes líderes y académicos de las comunidades cristiana e islámica en la región, debatieron acerca de los factores que contribuyen a la emigración de cristianos.

Las presentaciones se centraron en las dificultades que deben soportar los cristianos y el hecho de que los cristianos árabes, en algunos países de la región, sienten que están siendo negados sus derechos como ciudadanos. Para cuando concluyó el evento, los participantes habían acordado un plan de acción para hacer frente a la necesidad de igualdad, derechos humanos y libertad religiosa para todos los ciudadanos del Oriente Medio.

Daryl Byler, un representante de MCC en la región, dijo que el príncipe expresó al simposio un sentido aprecio por los largos años de servicio prestados por MCC en Oriente Medio. Byler es oriundo de Washington, D.C. (USA).

Cuando el príncipe preguntó a Byler por qué MCC estaba apoyando este congreso, Byler le respondió que «Los socios de MCC a lo ancho de todo el Oriente Medio vienen expresando desde hace años su preocupación por la emigración de los cristianos; y que MCC sostiene que una comunidad cristiana fuerte y vital es un ingrediente indispensable para un Oriente Medio también fuerte y vital».

Byler dijo que el príncipe, un musulmán, resultó saber escuchar con mucha atención y parecía granjearse la confianza de los participantes. «En



cierto momento uno de los líderes cristianos le dijo al príncipe Hassan: “Hemos puesto nuestros problemas en sus manos; esperamos que haga algo con las historias que hemos compartido”. Con su reconocimiento en toda la región, el príncipe Hassan está en una buena posición para ayudar a poner en práctica algunas de las recomendaciones del congreso».

Byler observó que sería trágico que los cristianos perdiesen su conexión histórica con Tierra Santa.

«El Oriente Medio es sólo una de las diferentes partes del mundo donde los cristianos se encuentran en minoría y por consiguiente, vulnerables y en peligro de marginación. Como cuna de las tres religiones *abrahámicas* —el judaísmo, el cristianismo y el Islam— el Oriente Medio tiene el potencial de llegar a encarnar un modelo donde la fe construya puentes para una coexistencia pacífica, en lugar de constituirse en arma para la destrucción de quienes son diferentes».

[Traducido para *El Mensajero*, de la web de MCC.]

El equipo MCC posa con su alteza real el Príncipe El Hassan bin Talal (der.), durante el simposio: (desde la izq.) Daryl Byler, representante de MCC en el Oriente Medio; Nada Zabeneh, coordinadora de programa para Jordania; y Suzi Khoury, asistente de gestión de MCC en Jordania. (Foto de MCC/Razek Siriani).

Noticias de nuestras iglesias

EME 2012 — Más detalles

Este mes podemos adelantar que contamos ya con la lista completa de los que van a dar los talleres el sábado por la mañana y los temas que abordarán. Los títulos a continuación son provisionales; más adelante tendremos títulos definitivos que nos hayan proporcionado los propios responsables de cada taller:

- Bruce Bundy, “Estrategias para llegar a fin de mes”
- Dionisio Byler, “Recursos espirituales frente a la ansiedad generada por la crisis”
- Rubén Redondo, “Propuestas de ayuda mutua evangélica”
- Nohemy García, “La juventud evangélica frente a la crisis”

Esperamos tener más detalles el mes que viene.

Fin del primer año de CTK

Madrid, 5 de mayo — Agustín Melguizo, pastor de nuestra iglesia en Burgos, fue el profesor para la última asignatura del primer año del Centro Teológico Kénosis (CTK). Como todos los meses desde octubre, un número de estudiantes —mayormente de la región de Madrid, pero también de otras ciudades de España— se congregaron en el local de la Iglesia Evangélica Encuentro con Dios. En esta ocasión el tema era «Teología Pastoral. Servir y renovarse». Antes habían dedicado aproximadamente diez horas a estudiar los materiales preparados por Melguizo y colgados en la web de CTK. A la postre, los que quieran los créditos universitarios que concede el seminario menonita de Bienenberg, Suiza, deberán enviar los trabajos escritos correspondientes.

Es con un enorme sentimiento de satisfacción que el equipo de gestión de CTK (Antonio González, Dionisio Byler y Sergio Rosell) ve culminar este primer año de una experiencia que no está defraudando nuestras expectativas. Ya estamos trabajando en ultimar los detalles de la oferta



EME 2012 | Carballiño (Ourense) | 12-14 de octubre
 “Dadles vosotros mismos de comer” (Lc 9,13)

Viernes 12

Llegada por la tarde

18:00-20:00 1ª Reunión. ¡Lo que nos preparen los jóvenes!

20:30 Cena

Después, tiempo libre para conocer gente y lo que se presente...

Sábado 13

8:30-10:30 Desayuno (bufé)

10:00-12:00 Alabanza y 1ª Ponencia (por Antonio González)

12:30-13:30 Talleres

14:00 Comida

15:00-18:00 Tiempo libre y alternativas de ocio

18:00-20:00 Alabanza y 2ª Ponencia (por José Luis Suárez)

20:30 Cena

22:00 Festival

Domingo 14

8:30-10:30 Desayuno (bufé)

11:00-13:00 Reunión de alabanza, Cena del Señor, etc.

13:30 Comida

Despedidas y viaje de regreso



para el curso lectivo 2012-2013. Los temas serán otros, pero cualquiera que quiera matricularse y empezar a estu-

diar en cualquier punto del itinerario, puede hacerlo.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

bendición — De *benedicir*, o sea bien decir o decir cosas buenas. El concepto de la bendición exige suponer que las palabras pronunciadas ejercen poder, que influyen eficazmente sobre la realidad, transformándola y ajustándola a lo pronunciado.

Por regla general, pronunciamos palabras con la intención de influir sobre la realidad. Si exclamamos: «¡Para!» —es con la intención de que el oyente se detenga y esa exclamación, pronunciada con la suficiente urgencia y determinación, tiene frecuentemente ese efecto en la conducta de la persona interpelada y cambia así el curso de lo que estaba por suceder.

En otras ocasiones pronunciamos palabras con la intención de influir en el futuro de una manera prolongada y continua. Si enseñamos a nuestros hijos: «Ponte el cinturón de seguridad» —cuando entran al coche, es con la esperanza de que esto se haga un hábito que conservarán toda la vida. Porque la memoria humana está hecha admirablemente para recordar determinadas palabras, aquellas palabras que juzgamos especialmente importantes. Y esas palabras, recordadas siempre que resulta oportuno traerlas a la memoria, influyen entonces sobre el oyente de una manera reiterada y permanente.

De sobra son conocidos los efectos de larga duración en cuestiones como la autoestima, de las palabras de padres y madres dirigidas a sus hijos. Quien machaca a su hijo con la idea de que: «Eres un idiota y un inútil. Jamás vas a conseguir nada en la vida» —tiene casi garantizado que su hijo internalizará ese juicio de valor sobre su persona y acabe siendo un fracasado. Mientras que si se jacta a todo el mundo (oyéndolo su hija) de que: «Esta chica es un fenómeno. No veas lo bien que toca el piano» —tiene muchas posibilidades de hacer de ella una pianista.

El concepto de bendición da una vuelta de tuerca más a esta idea de palabras con efecto permanente. Parte

desde la base de que hay realidades invisibles —el primero y más importante Dios mismo— que oyen lo que decimos y se constituyen en testigos eternos de nuestras palabras. Esto es especialmente así cuando las pronunciamos con solemnidad invocando al Señor —explícita o aunque fuera tan sólo implícitamente— como testigo y ejecutor de lo dicho.

«El Señor te bendiga y te guarde. El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te de su paz». Frases como esas tienen el efecto inmediato sobre el oyente a quien van dirigidas, levantando su ánimo, inspirándole fe y confianza, insuflándole optimismo vital. Es lo que podríamos llamar un efecto psicológico —desde luego muy importante— en el oyente. Pero se supone que esas palabras son oídas también, y avaladas, por el propio Dios a quien invocan. Al igual que con nuestras oraciones, Dios no está *obligado* a ejecutar esa bendición como si nosotros pudiésemos darle órdenes. Pero por otra parte, desde que conocemos la naturaleza amante y benigna de Dios, es perfectamente válido imaginar que a no ser que operen otros factores que desconocemos o no controlamos, lo más probable es que Dios honre esas palabras. Porque son palabras que sabemos que le agradan por cuanto él mismo nos instruye bendecir y no maldecir.

Las palabras de bendición no tienen un efecto solamente sobre el oyente ni solamente en aquellos aspectos de la realidad y el futuro que sólo Dios determina. Afectan también cómo la persona que las *pronuncia* entiende la realidad. El ser humano tiene una tendencia importante a ser coherente. Nos es habitual ajustar nuestras convicciones a lo que nos oímos a nosotros mismos decir y defender en público. Quien insista a todo el que le quiera oír que el Barça es el mejor equipo del mundo, aunque al principio no esté del todo convencido se acabará por convencer. Nuestras palabras de bendición, entonces, afectan también cómo nosotros trataremos a la persona bendecida, por cuanto en el propio acto de pronunciar

esa bendición nos persuadimos nosotros mismos de su verdad. Si digo «La paz y la misericordia y el honor y la gracia de nuestro Señor descansen sobre ti» —voy a ver con otros ojos a la persona sobre la que he dicho eso. La voy a tratar pacíficamente, con misericordia, la honraré y la veré con gracia. Y si otros me ven tratarle así, es muy posible que ellos también lo hagan. Y así sin siquiera darme cuenta, he echado a rodar la bola de nieve de bendición. Bendición que en última instancia dependerá del Señor, naturalmente, pero que muchas veces necesita también de nuestra complicidad humana.

—Adios, cariño. Me voy a la compra.

—Hasta luego. Que Dios te bendiga.

Este tipo de intercambio es mucho más que palabras. Nadie de tu familia debería conseguir salir de casa sin tu bendición. Y si alguien se te escapa sin saludar, que tu bendición —pensada en silencio— le persiga hasta alcanzarle. Porque las bendiciones pueden transformar la vida de cualquier familia.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org